

The book cover features a dark brown wooden background with horizontal planks and prominent grain patterns. Two clusters of autumn leaves, in shades of yellow, orange, and red, are positioned in the upper left and lower right corners. The title is centered in the upper half, and the author's name is centered in the lower half.

***PALABRAS
DE
OTOÑO***

***María Alejandra
Amarilla***

EDITORIAL DUNKEN

MARÍA ALEJANDRA AMARILLA

PALABRAS DE OTOÑO

EDITORIAL DUNKEN

Buenos Aires

2022

PRÓLOGO

Esta presentación es la tapa de un cofre en el que la autora guarda la selección de sus obras literarias más preciadas.

Cubiertas por las fantasías descansan las palabras más bellas finalmente talladas mediante una pluma que escribe por amor y vocación.

En sus escritos acaricia las letras y las lustra, obteniendo de ellas el brillo adecuado para volcarlas al papel. Leer sus relatos genera la misma placentera sensación que cuando se observa a través de un ventanal el vuelo de las hojas.

Aborda sus historias con diversos recursos literarios guiándonos por mundos colmados de creatividad e imaginación en los que sus narraciones aportan maravillosas enseñanzas.

La magia de su tinta utiliza la melancolía justa siendo capaz de embellecer el desamor y suavizar las pérdidas mientras guía al lector por caminos de múltiples sensaciones. Convierte a la vida y la muerte en protagonistas de sus relatos. Mediante giros inesperados y variados escenarios nos guía por tormentas en las que nos obliga a abrir los paraguas y a caminar sobre el barro haciéndonos sentir la desolación, la pérdida de las esperanzas y el miedo frente a los embates del destino. No obstante, cuando todo parece perdido el Sol vuelve a salir por el horizonte y llena de luz el final de este inolvidable recorrido, donde las palabras brillan como doradas hojas de otoño.

Mariana Manzi

Febrero de 2022

AMOR MATERNAL

La luna brillaba altiva sobre la cúpula negra del cielo estrellado. Las cortinas de la habitación se agitaban con el viento, al igual que las hojas danzaban en los árboles entonando un arrullo cual canción de cuna. Velaban con su canto la quimera de los durmientes en la noche otoñal.

Dormía plácida la mujer un sueño profundo. A pesar de ello, oyó el gimoteo inconfundible, sabía que sería capaz de reconocerlo en una infinidad de llantos, así como también sabía que el mismo no indicaba ni hambre, ni esfínteres, ni dolores, era solo el modo que tenía para llamarla y refugiarse en su abrazo.

Se levantó presurosa hasta la cuna, miró su pequeño rostro aterciopelado, la nariz fruncida y la frente levemente arrugada reclamando la demora de su llegada.

Sus brazos rollizos se abrían inmensos ante los suyos y sus rozagantes labios esbozaban una hechicera sonrisa de triunfo por haber logrado el cometido.

Hay quienes dicen que no se debe acudir tan presto al llanto de un niño, pero al oírlo llorar, era ella la que necesitaba con premura llegar a su encuentro. Solo así su corazón desaceleraba la marcha y su alma volvía a hallar la disipada calma.

El amor maternal fluía de puro instinto y la conexión superaba todas las barreras de las modernas telecomunicaciones. Bastaban las miradas y el contacto con su etérea piel para entender al pequeño ser amado.

Ella se rendía al encanto de esos ojos que le sonreían brillantes y al hacerlo le declamaban en un lenguaje sublime, un torbellino de dulces palabras que se cincaban en su corazón de madre. Mientras que los suaves gorjeos de su inmadura garganta eran la única melodía que col-

maba todos y cada uno de sus sentidos, haciendo vibrar las fibras más íntimas de su alma.

Mecerlo en sus brazos borraba todos los rastros de cansancio y frustración de las jornadas diarias y podía leer en la piel translúcida de sus rozagantes mejillas la única razón de su existir.

Embriagada en la imagen frente a sus ojos, susurraba la madre con dulzura la más tierna nana...

Niño de mis ojos
duérmete en mis brazos
yo seré tu nido
y la noche un manto.
Velaré tus sueños
calmaré tu llanto
para que descanses
con mi dulce canto.

El chiquillo cerró suavemente los ojos y se durmió profundamente. Abrigó la inmensa alegría que rebozaba en su pecho tan solo verlo dormir.

Apoyó el menudo cuerpo en la cuna y se alejó lentamente hasta su cama...

Al despertar aún conservaba el calor del pequeño hijo en los brazos y aunque nunca lo concibió, una vez más extraño acunarlo.

Tomó la pluma y en unas pocas líneas escondió una inmensa historia de amor maternal...

Aunque solo fue dada a luz por el vuelo de su imaginación bajo la luna de una noche otoñal.

BAJO LA SOMBRA DEL NOGAL

Esa tarde el cielo estaba luminoso, el sol irradiaba sus últimos rayos de verano y el viejo nogal lentamente comenzaba a vestirse de otoño. Una suave brisa agitaba sus ramas cuando fue testigo de este maravilloso momento.

—Perdón, pero tampoco era tan viejo.— retrucó con su clamorosa voz el nogal.

—Bueno, tanto vos como yo sabemos que tampoco eras un pibe. Los nogales tardan unos cuantos años en tener la circunferencia del tronco que vos tenés. Si no fueras tan viejo, yo sería capaz de rodearte con mis brazos; y sin embargo, vos y yo sabemos que eso no era así en ese entonces y tampoco hoy.— dijo riéndose el escritor, que recostado en el tronco del majestuoso árbol escribía un nuevo cuento.

— Mejor concentrémonos en lo que pasó, que es lo importante y no en mis años de sabiduría— le contestó firmemente el nogal, para no seguir ahondando en el tema de la edad. Porque aunque no lo crean, los árboles también suelen tener esos instantes de vanidosa debilidad.

— ¿¿Años de sabiduría?!... ¿así se le dice ahora a la vejez?— respondió con cariñoso sarcasmo el joven, a su gran amigo el árbol, mientras esbozaba una sonrisa burlona. — Pero es cierto, mejor concentrémonos en la historia. Y ya que estás tan lenguaraz será mejor que la cuentes vos...

— Estoy de acuerdo, porque por hacerte el "literato" tenés tendencia a exagerar algunos hechos...— expresó el árbol, ya con autoridad e ímpetu desmedido.

La bella amistad que los unía llevaba casi toda la vida del escritor y se remontaba casi al momento del cuento, que están por leer. Una de las tantas aventuras que sucedieron bajo el cobijo de este sabio nogal...

Estaba yo agitando mis ramas cuando escuché el tañir de la campana, esa, que tanto añoraba en los meses de verano. Porque bueno, lo que no les dije es que vivo en una escuela, en un pequeño poblado serrano. Soy una de las más preciadas sombras para esos pequeños traviesos que se divierten trepándome, tironeándome de las hojas, o simplemente sentándose debajo de mi fresca sombra, para hacerme partícipe de sus juegos, sus divertidas y ocurrentes charlas o sus ricas meriendas, en las que alguna que otra vez, me riegan con sus jugos o bebidas.

Hacia unos pocos días que los pequeñitos de primer grado habían descubierto que aún quedaban algunas nueces sujetas a mis ramificaciones. Desde entonces cada vez que sonaba la campana del recreo, en cuanto salían, los tenía debajo de mí. Parecían simpáticas ranitas en un charco, a los saltos tratando de alcanzar mis extremidades para zarandearlas, con la esperanza reflejada en sus transparentes miradas infantiles, hasta que mis preciadas nuececitas cayesen con su plin plan al suelo.

¡Era muy divertido! Algunos eran más audaces e intentaban treparse para alcanzarlas. Pero los más pequeñines o menos osados, saltaban o simplemente se quedaban mirando el piso, para ver si el viento les había hecho el favor de arrojar alguna en su ausencia.

Les cuento un secreto, yo, distraídamente, dejaba mis ramas más bajas para que las pudiesen atrapar, y a veces, hasta soltaba una nuez en sus cabecitas para sorprenderlos y hacerlos reír.

La maestra de los nenes, siempre estaba atenta para evitar que me dañaran, los dejaba jugar conmigo pero también los incentivaba a cuidarme, les decía que yo era su gran amigo y eso, me hacía muy feliz. Era como si supiera que me gustaba el cariño que me prodigaban con sus manitas llenas de pegajosos dulces. Los dejaba sacudirme un poquito, a modo de pequeñas cosquillas, pero nunca les permitía romperme o lastimarme, y si alguna vez eso sucedía, me miraba con los ojos llenos de pena. Luego su voz sonaba dulce en el reproche que emitía con firmeza, mientras explicaba con cariño al pequeño travieso que mis ramas eran tan delicadas como sus cabellos o sus orejas, y lo invitaba a cerrar los ojos para que imaginara como se sentiría si fuese el maltratado. Eso bastaba para que nunca más volviesen a intentarlo. No porque le temie-

ran, sino porque su forma de hacerlos reflexionar era tan clara, que eran ellos, luego, los encargados de dar las explicaciones a otros niños que quisieran transitar el camino del maltrato a la naturaleza.

La escuchaban porque la querían, ya que con la misma tenacidad los cuidaba a ellos. Porque esas pequeñas lagartijas, eran capaces de trepar sin descanso hasta mis ramas más finas sin la presencia de su mirada atenta que los hacía bajar en cuanto los atrapaba en peligrosas piruetas.

Ese día, la escuchaba hablar con su voz cantarina a los pequeñines y vi justo el momento en que uno de ellos partió una nuez y encontró en su interior a uno de mis tantos huéspedes. —Puajjjj que asco, esta nuez tiene bichos— dijo el niño y la arrojó al suelo. —Me preocupé mucho, no quería que mi invitado sufriera ningún daño pero nada podía hacer para evitarlo. Todos los niños mostraron la misma cara de asco. Pero la maestra tomó la nuez con suavidad y su rostro se iluminó de alegría mientras la observaba.

—Miren que bello, la nuez es la casita de un gusanito panzón. ¡Es tan hermoso!— Su rostro mostraba tanta ternura y emoción que uno a uno los niños se agruparon a su alrededor, embargados por la curiosidad de ver al pequeño gusanito.

El pobre tímidamente intentaba esconderse en el escaso espacio que había a su alrededor en el interior de la nuez. Los niños pasaron del asco a la alegría, de la alegría a la preocupación y de la preocupación a la solidaridad...

—Señorita, y ahora que le rompimos su casita, ¿dónde va a vivir?— La inquietud se reflejaba en sus caritas inocentes.

—Él vivía y se alimentaba en el interior de la nuez, pero como verán ya no tenía mucho más espacio para seguir creciendo allí. Así que es una suerte que hayas abierto justo la nuez que lo alojaba, porque ahora podrá salir para seguir creciendo.— dijo ella con seguridad, intentando transmitirles confianza y no angustia a sus pequeños. Lo importante es que no lo hayamos lastimado. Eso sí, debe estar un poco asustado con tantos ojitos mirándolo. ¿No creen? —Señorita ¿y si le buscamos un nuevo hogar?— propusieron los nenes y los rostros tristes se iluminaron con el solo pensamiento.

—¡Qué buena idea!, ¿qué se les ocurre que podamos hacer?— preguntó la maestra, dándoles la oportunidad de aportar ideas para solucionar el problema por sí mismos.

Surgieron varias propuestas y cada una tenía un "pero" que surgía de ellos mismos y la descartaban...

—Lo podemos llevar al aula... Pero cuando no estemos en el aula a los otros chicos les podría dar asco y lo lastimarían. Lo llevamos un día cada uno a nuestra casa... Pero se podría asustar, además paseando tanto va a extrañar tener su propio hogar... Lo dejamos acá debajo del árbol. Pero lo podrían pisar sin querer los otros nenes al salir al recreo...

Hasta que finalmente uno de ellos el más callado del grupo, dijo tímidamente: —Podríamos poner la nuez entre las plantitas del jardín.— Todos lo miraron al unísono al oírlo hablar y sonrieron aprobadoramente, para luego ir confirmando la propuesta. — Si, así estará en la naturaleza... y podría estar cerca de sus amigos... y podría buscar su alimento. Claro allí estará más seguro.— agregaron todos.

—¡Esa es una muy buena idea!— dijo la maestra, con orgullosa sonrisa, al tiempo que extendía sus manos con la nuez en dirección al niño que la había propuesto.

Este la miró tímido y temeroso, en tanto que con el mismo cuidado que sostendría un frágil y valioso tesoro sostuvo la nuez, que contenía al gusanito panzón entre sus manos. Todos juntos se encaminaron al pequeño jardín lleno de plantas de hojas muy verdes, corto césped y coloridas flores en el que alojarían a su nuevo amigo. Así fue como el pequeño gusanito panzón tuvo un nuevo hogar... al que todos los días el cada vez menos silencioso niño iba a visitar, aunque debo confesar que esa es otra historia de amistad...

—No estoy de acuerdo en que era tan tímido y temeroso— alegó fingiendo ofendimiento el joven escritor.

—Eso es porque es más fácil ver las debilidades ajenas.— afirmó el nogal provocando las carcajadas de ambos. — Espero ha-

yas tomado nota de cada una de mis palabras.— agregó luego. — ¡Cómo siempre que narrás tus relatos, mi querido y "viejo" amigo!— respondió el escritor remarcando con picardía la palabra viejo.

El sabio nogal sacudió sus ramas sobre su joven amigo, tal como un abuelo alborotaría la cabellera de su nieto, provocó una lluvia de hojas al tiempo que a modo de mimo dejaba caer una pequeña nuez sobre su cabeza.